

# DEHSOC: DEVENIRES DE UN DEPARTAMENTO

## Diálogo con Daniel Sánchez

Paola Sabrina Belén | [pbelen81@hotmail.com](mailto:pbelen81@hotmail.com)

Facultad de Bellas Artes. Universidad Nacional de La Plata  
Argentina

Daniel Sánchez es Licenciado en Historia de las Artes Plásticas. Se desempeña como Profesor titular de las cátedras Historia del Arte I, II y III, Historia de las Artes Visuales I y Epistemología de las Artes de la Facultad de Bellas Artes (FBA) de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Es director de proyectos en el marco del Programa de Incentivos, de becas y de tesis de grado y de posgrado. Posee una destacable trayectoria en el campo de la gestión cultural en el Museo Provincial de Bellas Artes de La Plata.

A fines del año 2004 comenzó su labor como Jefe, por aquel entonces, de la División de Materias Interdepartamentales (DMI) de la FBA. En 2005, durante su gestión, la DMI se convirtió en el actual Departamento de Estudios Históricos y Sociales y, entre ese año y 2007, se delineó el cambio de plan de la carrera Historia de las Artes.<sup>1</sup>

Esta entrevista se realizó en la FBA el jueves 28 de abril de 2016, a fin de conocer, desde la mirada de uno de sus actores y promotores fundamentales, el proceso y las cuestiones de índole epistemológica implicadas en ambas transformaciones.

<sup>1</sup> Plan 2008: Profesorado y Licenciatura en Historia de las Artes. Orientación Artes Visuales (OAV).

Plan 1998: Profesorado y Licenciatura en Historia de las Artes Visuales.



En 2005, cuando eras Jefe de la División de Materias Interdepartamentales (DMI), se gestó el proyecto de creación del actual Departamento de Estudios Históricos y Sociales (DEHSOC) ¿Qué podrías contarnos sobre aquel momento y sobre el debate que se dio?

El paso de la DMI al DEHSOC fue muy particular. Cuando fuimos a averiguar sobre los antecedentes, incluso en los expedientes, la sorpresa fue que la DMI no había sido creada en la democracia, sino que venía de la Dictadura, creo que del año 1982. Antes, cuando yo empecé a estudiar en la Facultad, ya en dictadura, existía un Departamento de Historia del Arte, no porque fuera el Departamento de la carrera, sino porque en esos tiempos lo único teórico que sostenía a las Bellas Artes era la Historia del Arte y la Estética. Cuando averiguamos, entonces, la DMI era un proyecto que se había consolidado en un expediente y que apuntaba, justamente, a desideologizar al Departamento porque en la Facultad teníamos Plástica, Diseño, Música e Historia del Arte y, a las materias que quedaban, que correspondían a varios departamentos, le pusieron el nombre de «materias interdepartamentales». Esto fue hecho con una visión administrativista, pero, a su vez, en un marco absolutamente desideologizante. Lo que sucedió después, en el transcurso de los primeros años de democracia, fue que por una mirada eminentemente práctica y despectiva hacia la importancia de las materias teóricas, no se pensó en la posibilidad de cambio de la DMI. Entonces, realmente era necesario transformar esta DMI en DEHSOC.

Llegada esa instancia, es decir, cuando se decidió que tenía que convertirse en Departamento, repensando además su aporte a la formación, empezó el debate, entre los «modernos» y los «contemporáneos», sobre el nombre. Por un lado, la línea más dura quería que se llamara Departamento de Ciencias Sociales, lo que, en mi opinión, significaba nacer viejos. Por otro, la línea más conservadora del área de Historia del Arte quería que estuviera la palabra «estética» o que fuera Departamento de Historia del Arte –para esta denominación había una corriente fundamentalmente estudiantil que presionaba–. «Histórico», de alguna manera, no se discutía, pero «estética» tenía que estar de lo contrario no era un departamento de historia del arte.

Se realizaron varias reuniones, donde lo primero que salió fue un engendro: Departamento Histórico, Estético y Social. No tenía ninguna sustancia, ya que no eran *estudios*, no era nada. Cuando empezamos a indagar en otras posibles áreas y denominaciones, el ámbito de los estudios culturales daba muy bien, pero, hace doce años, ese campo o corriente de pensamiento no era aún plenamente aceptado o tenido en cuenta. Entonces, después de todo eso, salió Departamento de Estudios Históricos y Sociales, y ahí tomó sentido.

Si no se buscaba, simplemente, un cambio en la denominación, ¿cómo crees que comenzó a evidenciarse esa transformación en la trayectoria formativa de los estudiantes?

En los cambios de planes de estudio de las carreras de Plástica, de Historia de las Artes y de Artes Audiovisuales el paso de DMI a DEHSOC incidió notablemente, porque se empezó a enfocar en lo que vulgarmente eran las materias teóricas con un perfil histórico-social y de formación integral de un estudiante universitario de artes. Si uno construye un perfil de egresado superador del modelo tradicional de Bellas Artes, en cuanto a técnica y a lo humanístico como algo meramente subsidiario, para ponerle un discurso lindo a las cosas, esa conformación integral implica que un estudiante universitario de arte deba tener el saber del oficio, pero en el marco de estudios históricos y sociales. Hacer supone pensar y en esa integración es importantísimo el perfil teórico, pero no en un sentido positivista, sino de manera conjunta, y ahí importan la historia, la estética, la historia del arte, la epistemología, la metodología, etcétera, encaradas siempre en un ir y venir con la práctica, desde la reflexión constante. Insisto, las materias teóricas con un perfil histórico-social, no desde el lado de sumarle información o discurso a la producción, sino de manera integral.

Si bien en lo cotidiano a veces sigue estando presente la idea de que el DEHSOC es el lugar en donde confluyen las materias interdepartamentales, creo que, por ejemplo, la producción de esta Revista le da sustancia a este espacio como materialización de todo lo que circula ahí y ayuda, además, a generar masa crítica, a formar antecedentes, etcétera. Al estar consolidados los planes nuevos –y esperando siempre una reforma en los planes de las carreras de diseño– es un momento importante para que el DEHSOC fortalezca una entidad propia en el marco de una facultad de Bellas Artes. Ese es otro tema, ¿no? El nombre de la Facultad. En algún momento dejaremos de ser Facultad de Bellas Artes y quizás, como en el año 1973, podríamos ser Facultad de Artes y Medios Audiovisuales, y ahora habría que sumarle las Tecnologías de la Información y de la Comunicación (TIC).

El DEHSOC se ocupa también de todo lo referido a la carrera Historia de las Artes. Esto, según tu perspectiva, ¿qué particularidad le da a la formación?

La disciplina se integra en este marco de los estudios históricos y sociales. El plan que se había armado en la dictadura era un plan historicista, positivista, pero, de alguna manera, la Historia del Arte tenía una entidad fuerte. El problema de los planes postdictadura era que no

tenían especificidad, trataron de romper el modelo historicista y elitista de la historia del arte, pero no tuvieron buenos resultados porque no había suficientes niveles de Historia del Arte. Por ejemplo, el plan 1998 tenía sólo tres niveles que eran equivalentes a la formación de Plástica y si se aprobaban cuatro materias un graduado de Plástica alcanzaba el título de Profesor en Historia del Arte. Tal situación, sumada a que ese plan priorizaba a la historia de la cultura, generaba una pérdida de identidad de la carrera. Esa mirada entendía, además, a la historia del arte como soporte meramente discursivo del hacer plástico y nada más.

Creo que el plan que se generó en 2007 añadió en la carrera la visión de bien cultural y patrimonial. Por una parte, se abordó la capacidad de gestión y se reconvirtió la idea de historia del arte, alejándose del modelo elitista de la Dictadura, al incorporar muchos contenidos de América Latina y de la mirada americana. También, se pensó en un perfil de docente-investigador que no tenga sólo una formación en la historia del arte tradicional, sino que posea una mirada más integral de lo artístico inserto en la construcción histórico-social. Pienso que el crecimiento de la matrícula de estos últimos años refleja que el cambio estuvo bien, más allá de los aspectos que seguramente habrá que seguir ajustando. Por otra parte, como la orientación actual es en Artes Visuales, lo que queda pendiente es poder expandir, en algún momento, orientaciones en Artes Audiovisuales, en Multimedia y en Música.

Siempre fue un debate y una discusión con algunos estudiantes, en su momento muy ardua, la idea de un Departamento de Historia del Arte; discusión que me parece que no tiene sentido si uno mira a la Historia del Arte desde esta visión integral e interdisciplinar. De esa manera, no pierde identidad la carrera, sino que gana integralidad o vinculación con el resto de la Facultad y, en la práctica, el Jefe de Departamento funciona como un director de carrera que hace un seguimiento y que propone ajustes en el plan para que no pierda actualidad.

Desde esa visión integral, ¿cómo caracterizarías el perfil de egresado que se consideró al definir el nuevo plan de estudio?

Eso es interesante. Cuando entré a la Facultad en plena Dictadura el perfil del egresado era el de un graduado culto. Eso significaba que, si era posible, había que saber otro idioma, hacer un viaje a Europa para conocer lo que te habían enseñado y, al volver, si no se tenía la suerte de ser docente en la Facultad, se podía aspirar a dar clases en algún colegio de la Universidad. Lo ideal era trabajar en un museo, cuanto más importante mejor, o, directamente, ser un diletante y escribir o hacer investigación financiada por alguna fundación y después editar un libro.

Si se trabajaba en el mundo más contemporáneo era indispensable ser comisario de muestra, seguir a algún artista o escribir en algún diario, como *Clarín*, *La Nación* o *Ámbito Financiero*.

Frente a tanta elite, con el plan postdictadura, fue natural que viniera una revancha y que el perfil fuera el de volver a la enseñanza básica. En ese sentido, se rompió con la elitización, pero, al mismo tiempo, se perdió especificidad. Lo que se pretendía era que el graduado trabajase como profesor en la enseñanza pública (primaria o media) y ahí su perfil se mimetizaba con el del profesor en Artes Plásticas. Sin embargo, tenía una licenciatura larga, de dos años, que incluía materias de formación general, como Antropología, Sociología, etcétera, y que, de alguna manera, mantenían esa mirada del historiador del arte como un diletante teórico que le daba sostén discursivo, sobre todo, a las artes plásticas. Creo que la licenciatura fracasó en ese sentido y que muy pocos la completaron.

Cuando se generó el nuevo plan, en 2007, la idea fue reforzar que lo que se forma en una universidad pública son trabajadores de la cultura: profesores, investigadores y trabajadores en el marco del bien patrimonial o cultural público. Docencia, investigación, curaduría y algo de gestión, sobre esos ejes se articuló el plan. Comparto trabajo con algunos egresados en el Museo Provincial de Bellas Artes, la investigación es lo que más ha dado frutos y, en la experiencia que hemos tenido en el Centro de Conservación y Restauración del Patrimonio Cultural (CECORE) de la FBA, los graduados en Historia de las Artes (OAV) hicieron un gran aporte en lo referido al patrimonio público.

En tu opinión, ¿cómo puede pensarse la formación de un historiador del arte y el desarrollo de la profesión en el marco de un proyecto cultural nacional y latinoamericano?

El historiador puede intervenir de manera plena en la medida en que se vincule con el concepto de bien cultural y mientras entienda al patrimonio y al bien cultural como memoria materializada. En lo personal, no me entusiasma el circuito tradicional de la plástica, porque el mundo de las galerías y de los museos de arte sigue siendo de elite, aún no han pegado el salto. Creo que la importancia de la historia del arte se vincula más con el campo de la cultura visual, de los estudios culturales y del patrimonio cultural; ahí es clave desde el lado de la valorización, es decir, otorgarle valor a lo que, tradicionalmente, la Cultura con mayúscula, no le daba valor. Eso es un aporte a un proyecto político-institucional diferente. Por eso, considero que es importante la historia del arte en un proyecto cultural latinoamericano, sea lo latinoamericano en tanto

americano antiguo –como el campo del barroco y de todo el arte colonial que en su momento fue despreciado– o sean las expresiones populares actuales –audiovisual, tecnológica, etcétera–.

Ahora el panorama es sombrío, pero sería fundamental reforzar los vínculos interinstitucionales a nivel nacional y también regional, si se piensa por ejemplo en la Unión de Naciones Sudamericanas (UNASUR). Actualmente, esto es muy difícil, las universidades tuvieron que empezar a pelear por el presupuesto de nuevo.

*¿Cómo se articula el devenir de la carrera Historia de las Artes y del DEHSOC con lo que fueron los cambios que se evidenciaron en la Facultad durante estos últimos años?*

Los cambios que se han dado han sido fundamentales. En Música se dio una revolución, la apertura de la carrera de Música Popular tiene que quedar en los anales de la historia de la Facultad, porque incorporó lo popular de manera concreta y esa fue una gran transformación. La gestión que comenzó en 2004 logró, justamente, avanzar en cambios concretos de manera democrática y con un soporte teórico potente y efectivo. El bloque teórico de los cambios de planes y el gran debate que se dio con la historia del arte fueron ejemplares. Por dar un ejemplo, los estudiantes de Plástica –antes del cambio de plan– tenían tres niveles anuales de Historia de las Artes que, incluso, en algunos aspectos, actuaba como materia filtro y la arrastraban. Cuento lo mío: nosotros teníamos, en ese momento, una Historia del Arte I que era anual y que, en el plan de estudio, abarcaba desde los orígenes del arte hasta el gótico. Eran cuatro bloques, como una carrera de la oca y, además, no había promoción indirecta, entonces el alumno daba un bloque, daba otro bloque, caía ahí y volvía al comienzo, a recursar. Creo que los cambios en ese sentido fueron importantísimos y no perdieron contenido. El estudiante de Artes Plásticas egresa con un marco teórico potente, fuerte. Pienso que el gran impulso que tuvo esta gestión en términos de los nuevos planes de estudio fue completar el proyecto democrático y darle fortaleza teórica. Esto, sumado además al crecimiento de la Facultad en cuanto a edificios, infraestructura, equipos, concursos docentes, etcétera –que se impulsó en estos últimos años–contribuyó, sin duda, a potenciar los trayectos académicos de nuestros estudiantes.